

**El lenguaje y la guerra.
Subordinación de los medios al discurso político ante el ataque sobre Irak**

Teodoro León Gross

Profesor titular de Periodismo, Univ. de Málaga

Artículo Resumen

Resumen: El lenguaje utilizado para legitimar la guerra contra Irak (2003), a partir del escenario surgido del 11-S, delata la aplicación de mecanismos de la estrategia clásica de 'guerra psicológica' o 'política', muy característicos de la guerra fría aunque ahora el imaginario del enemigo corresponda al mundo islámico. Ese fenómeno permite constatar, además, una tendencia de creciente deterioro en la función de los medios, ya que éstos parecen haber desestimado la tarea de proteger la estabilidad del sistema democrático y, de hecho, han contribuido al desenfoque de los problemas derivados de los atentados terroristas del 11-S. Las estrategias para regular y dominar la información mundial por parte de los gobiernos occidentales más poderosos no resulta sorprendente; pero la falta de independencia y sentido crítico en los medios ante ese fenómeno certifica el éxito de una tendencia observada durante los últimos años para desarmar las redacciones de los medios desde el sistema rector político-económico. El resultado es un periodismo de discurso oficialista e instrumentalizado, donde se ha impuesto sin dificultad el mensaje USA ante la guerra de Irak, impregnado de formulaciones binarias maniqueístas en torno al bien y el mal, simplificaciones de las referencias culturales islámicas cada vez más demonizadas, o narcotización ante el drama de la guerra mediante términos objetivistas.

Palabras clave: Comunicación Política-Medios-Lenguaje-Guerra-Desinformación

Abstract: The language used to legitimize the war against Iraq (2003) as a consequence of the scenario created in the aftermath of September 11 reveals the application of mechanisms of classic "psychological" or "political" warfare, typical of the cold war period, except that now the role of enemy corresponds to the Islamic world. This phenomenon also reveals a trend in which the function of the media is increasingly deteriorating, given that they seem to have renounced protecting the stability of the democratic system and have, in fact, contributed to blurring the problems arising from the terrorist attacks of September 11. Strategies to control and dominate global information on the part of the most powerful western governments should not surprise us, but the lack of independence and critical perspective of the media with respect to this phenomenon confirms the success of the establishment in disarming, over the past few years, the media's editorial staffs. The result is a manipulated, governmental discourse in which the United States' message concerning the war in Iraq has been easily imposed, a journalistic language impregnated with binary Manichean formulas regarding good and evil, simplifications of increasingly demonized Islamic cultural references, or, in the face of the drama of war, narcotization through the use of objectivistic terms.

Un asunto relevante de este tiempo se refiere, como ya advertían hace casi dos décadas Michel Wierwoka y Dominique Wolton (1987), a la capacidad de las democracias pluralistas para aguantar los ataques terroristas sin verse desestabilizadas. Su diagnóstico apuntaba, de forma fundamental, al rol de los medios de comunicación para evitar distorsiones tanto hacia el espectáculo como a

un recorte de las libertades, y entre ellas, desde luego, la de expresión. El problema, sin embargo, se ha situado en otra dirección, y sobre todo a partir del 11-S, cuando el ejercicio de ese rol se encontró frente a un atentado de dimensiones extraordinarias, con capacidad para constituir un punto de inflexión en el proceso de la historia. Y los medios -precisamente en una crisis de opinión pública debido a la multiplicación de consignas (Collins y Glover, 2003:19)- fallaron. Desde hace años viene resultado patente que éstos han dejado de ser esa 'línea Maginot' a la que todavía en aquellos ochenta apelaba Vincent Mosco (1986:156), cediendo cada vez más su prestigio como indeclinable barrera defensiva de los valores democráticos; pero desde el 11-S, y en particular al desencadenarse la guerra de Irak de 2003, se ha podido percibir su desplazamiento hasta actuar como una extensión más del poder. Recientemente Seymour Hersch - autor del afamado reportaje sobre la salvaje matanza de My Lai que tanto contribuyó a consolidar el estado de opinión que sacó a EEUU de Vietnam- denunciaba la autocensura de la prensa de Estados Unidos y la generalizada complacencia con el Gobierno, especialmente, aunque no exclusivamente, a partir del 11-S, silenciando una guerra justificada mediante unas armas inexistentes (El Mundo, 1.VI.2003). Por supuesto, todo ello es aplicable a cualquier otro país que, como España, haya sido aliado de EEUU en esa guerra.

Desde luego los medios están lejos de cumplir con esa función que cabía esperar de ellos: contribuir a impedir que el terrorismo actúe como elemento desestabilizador del sistema democrático. No se trata ya de que se haga política considerando a los medios, sino de hacer política -esa política- valiéndose de estos. Y ese desplazamiento hacia la acción del poder desajusta el sistema. Se trata, por demás, de una cuestión central, toda vez que "la función política de los medios no ha hecho sino incrementarse en todas las sociedades democráticas, hasta el punto de que los medios se han convertido en elementos esenciales del diálogo político. Y ello en un doble sentido, pues ese diálogo no sólo se produce a través de los medios, sino que estos se convierten, a menudo, en auténticos protagonistas del mismo" (Muñoz Alonso, 1990:108) . En el entendimiento de que esto es así, resulta patente el ajustado equilibrio que debieran guardar -y todo indica que no están guardando- para dar respuesta a su función de 'perros guardianes' del sistema y a la vez como actores privilegiados de éste. De hecho, todos los planteamientos clásicos acerca de la prensa de calidad, definidos en origen en torno a la teoría de la responsabilidad social, han identificado la independencia como valor nuclear del modelo. Naturalmente se trata de niveles de independencia, cuyas cotas más apreciables probablemente se alcanzaron tras la guerra fría, como respuesta al sometimiento de las empresas informativas durante aquella etapa para contribuir al equilibrio de la geopolítica de los bloques. En ese contexto afloró el periodismo político y el periodismo de investigación -el propio Seymour Hersch fue uno de sus representantes de mayor prestigio, pero asimismo Jack Andersen al revelar la política secreta propakistani de EEUU o después Woodward y Bernstein con el caso Watergate- y en ello un factor determinante estuvo en la fortaleza de las redacciones. Como ya en ese período hizo notar Umberto Eco (1979:19-23), durante los años setenta se produjo una toma de conciencia de los periodistas entendiéndolo que los periódicos no podían ser estructuras monolíticas con una sola voz para administrar una sola verdad de la realidad plural; fenómeno que él también asociaba, entre otros, al escenario derivado del mayo del 68 y movimientos semejantes sin duda marcados por la guerra de Vietnam -en España afloró con la transición democrática- cuando el público se vuelve más exigente con los medios hasta hacerles sentir la presión de la audiencia. Sin embargo, precisamente ese nivel de convicción profesional a partir de la defensa de la independencia de la redacción llegó a ser percibida como una amenaza. Es, en ese sentido, particularmente significativo el diagnóstico de Samuel P. Huntington en aquel escenario (1975:98-99): "La más notoria de las nuevas fuentes de poder nacional han sido los medios nacionales. Es decir, los grandes networks de televisión, los grandes news magazines y los periódicos de alcance nacional como el

Washington Post y el New York Times" que finalmente "han contribuido a minar la autoridad gubernamental". Sobre ese objetivo se debía operar, así pues, como de hecho ocurrió.

Durante las dos últimas décadas la prensa ha cedido buena parte de sus márgenes de independencia, con un factor económico determinante –el incremento en la escala de explotación del negocio debido a los procesos de concentración y a la permanente renovación de una tecnología obsoleta requiere una financiación tan potente que ha hecho entrar en los medios a los grandes poderes económicos– y a un factor político, muy vinculado con el anterior, por las reformas legislativas y que, en casos como el español, se fortalece en los sistemas de adjudicaciones o con la promulgación de legislación instrumentalizada de forma partidista. Sin embargo, para el debilitamiento de la independencia periodística hay un elemento fundamental: desarticular aquellas redacciones a las que se refería Eco. Estos últimos años se ha propiciado una entrada masiva de jóvenes redactores con contratos basura, a menudo becarios, amenazados con el desempleo, alimentando así la autocensura y, debido a esa juventud, con una evidente falta de sentido crítico y consiguientemente muy limitaciones para interpretar asuntos de actualidad con un cierto calado. Y este proceso, en realidad, ha redefinido los medios, en particular la prensa, toda vez que la centralidad se ha trasladado de las redacciones a las gerencias. En este escenario, y sólo en éste, puede asumirse como algo natural, como advierte David L. Swanson, que "en países donde la democracia centrada en los medios está altamente desarrollada, los altos cargos del Gobierno y los partidos políticos con frecuencia sacan provecho de una acertada manipulación de los medios" (1995:17).

La posición de estos en el sistema se ha escurrido efectivamente, y a más, del lado del entorno del poder, sobre todo en a partir del 11-S y particularmente en EEUU - como denuncia Seymour Hersch- donde se producen o se canalizan tres cuartas partes de los flujos informativos mundiales. No se trata, con todo, de fenómenos privativos de aquel país, sino de tendencias que se han manifestado, antes o después, con desiguales niveles de resistencia, en los sistemas occidentales de matriz liberal-burguesa. Naturalmente no se puede perder de vista, al evaluar este asunto en el escenario que surge del 11-S y conduce a la Guerra de Irak, el rol fundamental no ya del sistema de medios sino de unos pocos medios globales, con fuerte prestigio y alta capacidad de inducción tanto en las agendas como en el encuadre de los análisis editoriales de los restantes medios. Se trata de aparatos tan poderosos e impregnantes que tienen, como apunta Daya Kishau Thusu, "capacidad para condicionar una guerra", algo que no puede situarse sólo en el plano de la teoría, sobre todo cuando "en la era de la comunicación global instantánea, los gobiernos de diversas partes del mundo han refinado su diplomacia pública para comercializar eficazmente su versión de los hechos ante la comunidad internacional" (2002:327). No por casualidad esos medios, como CNN y Reuters, son estadounidense y británico.

En el caso de la Guerra de Irak hay que anotar otro fenómeno identificado como 'bios politikon', con carácter mundialmente homogéneo y una estricta regulación horaria, para ejercer una interacción política eficaz para provocar una cadena de ruedas de prensa y declaraciones oficiales a lo largo del mundo (Volkner, 1999:3). Este nuevo contexto avala la percepción de Jonathan Mermin al estudiar las coberturas mediáticas de las intervenciones militares norteamericanas durante los años noventa, en las que observa la creciente confusión entre el 'espacio público de debate' con el 'espacio de debate en Washington' propiciando que se llegue a asumir "lo que ocurrió como lo que el Gobierno dice que ocurrió" (1999:145). Se trata, sin duda, de un escenario con elementos nuevos pero raigambre antigua, en definitiva un retorno a estrategias comunicativas de la guerra fría o, más bien, de la 'guerra psicológica' tan asociada a un período en el que el dominio de la opinión pública constituyó una verdadera obsesión. Ese tipo de prensa, que difumina la distinción entre guerra y paz según los manuales clásicos, tiene entre sus objetivos básicos, como ya se recogía en el Geistiger Krieg (La guerra del

espíritu) de Hermann Franke en 1936, el de 'convencer a los ciudadanos de que el Estado interviene en una guerra legítima y que ha sido el enemigo quien ha impuesto esa guerra'. Esta ha sido, de hecho, la principal apelación en los países coaligados junto a EEUU en el conflicto, y en el caso de España no había más discurso que éste: atribuir la guerra a Sadam por sus incumplimientos de anteriores resoluciones de la ONU y entender que esto daba legitimidad a ésta.

No por casualidad los británicos adoptaron el término, por otra parte bien expresivo de las técnicas a que hacía referencia, de 'guerra política', y no en vano crearon el departamento 'Political Warfare Executive' (Balfour, 1979), destinado, como ya lo definía entonces Ladislao Farago, a promover "una persecución organizada mediante recursos no violentos" (1954:323). Desde luego, no cabe perder de vista que en el otro polo geopolítico, el dispositivo de propaganda y desinformación – Radio Moscú, el Glavlit y el gabinete negro, entre otros- eran de gran intensidad o al menos así se presentaban. Armand Mattelart ha observado con perspicacia "de qué manera en los círculos occidentales de inteligencia todo el mundo estaba de acuerdo en difundir la idea de que la extensión de las operaciones de inteligencia de la Unión Soviética no guardaba proporción con la del otro campo" (1993:139). Eso era ya una forma de guerra política o psicológica –que se fue encubriendo bajo conceptos como 'comunicación internacional' o 'comunicación política', con numerosos teóricos dispuestos a validarlos como expresión del mundo democrático, así Lowenthal, Schram, Klapper, etcétera- destinada a la exclusión del otro y la justificación de las acciones propias, como se ha vuelto a constatar con la Guerra de Irak de 2003 a cuenta de las armas de destrucción masiva.

El dominio de los medios ha formado parte de estas estrategias, y así ha quedado de nuevo en evidencia. El sentido de esa estrategia resulta obvio: el éxito en un conflicto empieza por ganar el espacio de la opinión pública, y esto es algo que aumenta exponencialmente en sociedades más informadas. El lenguaje forma parte esencial, así pues, del arsenal de una guerra. Hacerse con las palabras vale tanto como hacerse con una posición estratégica. Y en ello hay una paradoja. A menudo, como menciona Paul Corcoran (1990:51), aflora la queja de que la política se reduce a las palabras sin pasar a 'la acción'. El propio presidente Bush, tras el 11-S, apeló a ese mismo eslogan: no bastan las palabras. Numerosos teóricos, sin embargo, han reparado en que el lenguaje es el paradigma de la acción política: así Habermas, Dallmayr, Nelson o el propio Corcoran. La paradoja está en que una forma de pasar de las palabras a la acción consiste en la acción de hacerse con el control de las palabras. Es por eso que incluso algunos observadores críticos haya llegado al extremo de definir el lenguaje, tras el escenario del 11-S, como una 'organización terrorista'. Es el caso de John Collins y Ross Glover a partir de la idea de que el lenguaje, como el terrorismo, "convierte a los civiles en sus objetivos y genera miedo para efectuar cambios políticos" (2003:12). Ambos han dirigido un proyecto interdisciplinar, materializado en el libro Lenguaje colateral. Claves para justificar una guerra, entendiendo la idea de 'lenguaje colateral' como los significados añadidos a algunas palabras en tiempo de guerra. Se trata de catorce ensayos, dedicados a términos y expresiones que generan esos efectos. Conviene prestar atención a los mecanismos con que se opera, pivotando en torno a cuatro mecanismos generales:

- Dicotomías maniqueas.
- Términos de efecto placebo.
- Simplificación conceptual.
- Palabras anestésicas.

La referencia de la 'civilización' –el presidente de EEUU y su entorno determinaron que "los ataques del 11 de septiembre constituyeron en realidad un ataque contra todos los países civilizados"- forma parte de una serie de oposiciones binarias para apropiarse del lado positivo: lo que no es civilización se identifica con la 'barbarie', esto es, ahora, el mundo islámico. El 'mal' constituye otra referencia clave de naturaleza maniquea: y quien se manifiesta contra el 'mal' sólo puede estar guiado por la defensa del 'bien'. Y viceversa. Así, no se trata de explorar la realidad con

sentido crítico sino maniobrar para hacerse con el control de ésta. Dentro de estas categorías se incluye el calificativo 'cobarde', muy generalizado para calificar cualquier acción terrorista (aunque no sea el más apropiado para entender que diecinueve hombres hubiesen secuestrado cuatro aviones para dirigirlos contra centros simbólicos del poder en las principales ciudades del país), y, además del maniqueísmo intrínseco, es también un uso característico del lenguaje destinado a eliminar la complejidad del asunto reduciéndolo al campo semántico de la masculinidad y favorecer, por contraste, la aparición del héroe.

La simplificación es, de hecho, constante. Ahí se entierran las grandes palabras como 'Justicia' o 'Libertad'. Esta última es determinante (en el primer discurso de Bush al Congreso tras el 11-S, éste dice que EEUU "ha recibido un llamamiento para defender la libertad", a la que aludirá en trece ocasiones) al ser manejada sin ninguna voluntad de profundizar en su significado, e incluso, en muchos casos, ignorando sus aplicaciones más profundas y amenazadas como la libertad de reunión o de prensa. La 'Justicia' asimismo figura entre las más repetidas y penetrantes, avalada por el prestigio que asiste a la palabra. Con su uso generalista se solapa que no se alude a una justicia paliativa, destinada a progresar hacia la paz adentrándose en el espacio del entendimiento, sino a una justicia retributiva, la que exige compensaciones, con la que se justifica la guerra. Esto mismo sucede con la referencia a la 'unidad', casi siempre aparejada a la 'libertad' y destinada finalmente a escamotear un aspecto fundamental de ésta: la pluralidad, el disenso. Se trata de fortalecer el espíritu de la comunidad, al cabo su efecto está en neutralizar las discrepancias. Los medios de comunicación, además, se encargaron tras el 11-S de sostener la agenda de la unidad, acusando a quienes adoptaban posiciones críticas frente al Gobierno incluso de apoyar los actos terroristas. La mayor simplificación, en todo caso, se localiza en el uso de 'Terrorismo', ese subconjunto de acciones dentro de la categoría de la violencia política. Sin duda la calificación de 'terrorismo' es una cuestión de perspectiva: podría servir, desde luego, para calificar acciones de EEUU y sus aliados, y precisamente por ello es clave apropiarse del término. Por terrorismo se entiende, así pues, las acciones de quienes se oponen organizadamente a la política de EEUU y sus aliados.

El caso de 'Guerra', que también se emplea encubriendo complejidades, figura entre las categorías que funcionan como narcotizantes: estando en guerra no se admite la discrepancia, precisamente porque la relevancia de la guerra exige la solidaridad de todos. En estos usos figuran asimismo tecnicismos como 'blowback' que se corresponden con los usos oscuros e impersonales del lenguaje, a la manera de los 'daños colaterales', lo cual sirve para enmascarar la brutalidad y la arbitrariedad de la guerra para quienes la siguen a través de los medios desconociendo sus connotaciones. De forma semejante actúa el término 'objetivos', aunque se trata de una palabra más transparente por formar parte de la realidad cotidiana. Se trata, sin embargo, de un caso característico de formulación de tipo abstracto, que propicia un distanciamiento de la violencia que entraña para neutralizar el factor humano de la compasión. Con una estrategia diferente pero lineal se usa 'intereses vitales', generando una sugestión trascendental para difuminar lo que no es sino una cuestión material: el petróleo.

Más que narcotizantes, aparecen otros usos de tipo placebo. Así, el término 'antrax', presentado como un denominador de 'armas de destrucción masiva', facilita una ilusión de pánico para darle aceptabilidad y, a partir de ahí, validar todas las acciones que adopte el Gobierno en ese contexto. Se trata de un ejemplo paradigmático de que el efecto placebo producido por el lenguaje de la seguridad de la patria abona la tranquilidad psicosomática de la población volviendo invisibles aspectos asociados a ese fenómeno como el racismo y la xenofobia. Ya se ha mencionado en la dicotomía civilización/barbarie cómo el mundo islámico se ve penalizado como referencia global y negativa. Esto se multiplica con referencias como la del 'fundamentalismo', amparada en la ignorancia sobre las escuelas de pensamiento del Islam y adoptando el concepto según se entiende en el

cristianismo, lo cual escamotea la realidad y propicia, merced al efecto multiplicador de los medios, una percepción del Islam como masa humana retrógrada y peligrosa (el mismo efecto retórico, tan recurrente a lo largo de la historia, que fue ensayado por Hitler contra los judíos). También 'Yihad' aparece, como 'fundamentalismo', vinculada al campo semántico de la barbarie (se entiende, por tanto, que es una referencia fuera del ámbito de la 'civilización'). De ese modo se consigue arrebatar cualquier legitimidad a las razones políticas de quienes las esgrimen y se disipa su naturaleza cultural y religiosa. Con ello, además, se logra desviar la atención sobre el hecho de que EEUU practica algo muy parecido a una 'guerra santa', pero 'su' guerra santa, y ésta es una referencia que se ha asociado al mal y al terrorismo.

El aspecto fundamental radica, por tanto, en promover percepciones inducidas de la realidad. Guy Durandin, experto en desinformación, define con claridad el fenómeno: "La existencia de palabras hace creer en la existencia de cosas y la propaganda al escoger palabras que utiliza, y al repetir las, instala en los espíritus juicios de existencia así como juicios de valor" (1995:121). En definitiva, se trata de la vieja receta goebbelsiana de que 'una mentira repetida mil veces se convierte en una verdad' -lo que Jean Pierre Faye (1974) definió como 'principio de creación de aceptabilidad'- algo que se multiplica exponencialmente, en eficacia e intensidad, a través de los medios de comunicación globales. La reiteración sobre las 'armas de destrucción masiva' acabó instalando éstas, como una certeza, en el imaginario de las sociedades receptoras. Meses después, con reticencias, fue aceptándose su inexistencia pero 'la existencia de palabras' había hecho creer en 'la existencia de cosas'. Y esta estrategia se completó instalando 'juicios de valor' mediante la denominación de sus acciones, como ya se viene haciendo desde hace dos décadas: la invasión de Panamá en 1989 se denominó 'Causa Justa'; la de Somalia en 1992, 'Restaurar la Esperanza'; Haití en 1994, 'Rescate de la Democracia', y así sucesivamente hasta la 'Libertad Duradera' desencadenada por el 11-S. La existencia lingüística de esos objetivos admirables hace creer en que esos son los objetivos reales y que, por tanto, se trata de operaciones militares admirables. Es lo que podría calificarse, tomando la definición de Alex Grijelmo, como "palabras teloneras del abuso y la agresión" (2000:124). Otro ejemplo característico es la autodenominación 'los aliados' beneficiándose del prestigio que esa referencia tiene desde la II Guerra Mundial frente al totalitarismo, además con un altísimo nivel de impregnación a través del cine de EEUU.

Las estrategias adoptan diferentes prácticas, bien ensayadas y tipificadas. Como menciona el propio Guy Durandin, "el lenguaje puede servir para mentir, ya sea a través de ambigüedades ya sea a través de la solidez excesiva que confiere a sus ideas" (1995:121). El ejemplo del ministro de Defensa español respondiendo en el Congreso "puede que sí, o puede que no" a las preguntas de la oposición acerca del repostaje de los bombarderos de EEUU mientras sobrevolaban espacio aéreo del país, lleva el uso de la ambigüedad hasta el extremo por tratarse además de una expresión perfectamente explícita; y, en otro sentido, las afirmaciones del presidente del Gobierno sobre la existencia inequívoca de las armas de destrucción masiva sirven para reflejar el efecto de una contundencia persuasiva por encima del nivel real de información. Pero todo ello, en definitiva, se fundamenta en la capacidad limitada de respuesta de la sociedad: "una población es tanto más fácil de engañar cuanto menos informada está" (Durandin, 1995:91). Algunos estudios sobre los efectos de la agenda han constatado ese fenómeno. De hecho, como explica Maxwell McCombs, la necesidad de orientación, que él considera un equivalente psicológico del axioma físico que preconiza que la naturaleza tiene horror vacui, puede tener un efecto doblemente mayor en la correlación de la agenda individual y la cobertura mediática de los acontecimientos. Esto es, si la audiencia necesita del medio para tener una opinión, en buena lógica la influencia del medio en esa opinión es determinante, el doble que en los casos en que el lector tiene elementos propios para juzgar el asunto. Desde un punto de vista más general, se puede abordar el asunto distinguiendo entre acontecimientos

entorpecedores y no entorpecedores: "el rol del establecimiento del agenda-setting de los medios revela situaciones de efecto de fuerte impacto en acontecimientos no entorpecedores y ningún efecto en absoluto en acontecimientos entorpecedores" (McCombs, 1996:22). La guerra es un acontecimiento no entorpecedor –al menos esas guerras distantes y sin movilización de tropas del propio país- que genera una necesidad de información evidente. La desinformación generalizada abona, con facilidad, amplísimas posibilidades de persuasión.

Así pues, sin los medios sería inútil, o al menos insuficiente, todo ese modelo de propaganda y técnicas de persuasión. De haber sido estos 'la línea Maginot' que trazara la barrera defensiva de los valores democráticos, hubiesen desenmascarado ese lenguaje codificado contra la transparencia de la realidad. O, cuando menos, hubiesen buscado un discurso sin tanta subordinación. Pero el seguidismo ha llegado a perecer, como denuncia Seymour Hersch, terminal. Incluso en la parte gráfica se ha constatado una ausencia absoluta de sentido crítico. En particular las infografías que describían las armas o el mapa de evolución de la guerra parecían tener un efecto narcotizador sobre la realidad reduciéndola a una estética de juguetes infantiles. Las ilustraciones con las características del uniforme de un 'marine' o de sus armas podían equipararse a la estética de los juguetes preferidos por los críos, del tipo Action Man, Max Steel, Digimon, X-Men, Power Rangers, Transformers o Gijoe. La definición del equipo, con un lenguaje a medio camino entre la seducción tecnológica y la exaltación de la violencia, conectaba incluso con la literatura al uso en esos juegos. Edward Said observó, con indudable perspicacia, la juguetización de las imágenes de la guerra a partir de los videos filmados desde la carlinga del avión sobre los misiles dirigidos por láser para exaltar la precisión, todo lo cual escamotea la dimensión dramática de la guerra "para mantener la imagen de un inofensivo juego de Nintendo" (1996:464). El poder de esas imágenes es muy significativo. De hecho, aunque esas bombas apenas constituyeron un porcentaje apreciable en el desarrollo de ese conflicto – aproximadamente el 7 por ciento de las ochenta y ocho mil quinientas toneladas lanzadas sobre Irak y Kuwait- ésta es la postal que ha quedado de aquella guerra de 1991. Las imágenes se suman a las palabras para crear un discurso de subordinación política y esencia acrítica, infantilizada, en el que las dependencias informativas de la sociedad anula el pensamiento independiente y abona el dirigismo paternalista mediante la dominación del discurso con la evidente complicidad de los medios de comunicación, que han renunciado a una función básica de su prestigio como instrumento democrático.

Referencias bibliográficas:

BALFOUR, M. (1979): *Propaganda in War 1939-1945. Organisation Policies and Publics in Britain and Germany*, Londres: Routledge & Kegan.

COLLINS, JOHN Y GLOVER, ROSS (eds) (2003): *Lenguaje colateral. Claves para justificar una guerra*, Madrid: Páginas de Espuma.

CORCORAN, PAUL (1990): "Language and Politics", pp.51-85, en Swanson, DAVID, L. Y NIMMO, DAN (eds.), *New Directions in Political Communication*, Sage Pub., Londres: Newbury Park.

DURANDIN, GUY (1995): *La información, la desinformación y la realidad*, Barcelona: Paidós.

ECO, UMBERTO (1979): "Obbiettività dell'informazione: Il dibattito teorico e le trasformazioni della società italiana", en VV.AA., *Informazione. Consenso e dissenso*, Milán: Il Saggiatore.

FARAGO, LADISLAS (1954): War of Wits: The Anatomy of Espionage and Intelligence, Nueva York: Funk & Wagnalls.

FAYE, JEAN PIERRE (1974): Los lenguajes totalitarios, Madrid: Taurus.

GRIJELMO, ALEX (2000): La seducción de las palabras, Madrid: Taurus.

HUNTINTON, S.P., CROZIER, M. y WATANULI, J. (1975): The Crisis of Democracy. Report on the Governability of the Democracies to the Trilateral Commission, New York University Press.

MATTELART, ARMAND (1993): La comunicación-mundo. Historia de las ideas y de las estrategias, Madrid: Fundesco.

MERMIN, JONATHAN (1999): Debating War and Peace – Media Coverage of US Intervention in the Post-Vietnam Era, Princeton University Press.

MCCOMBS, MAXWELL (1996): "Influencia de las noticias sobre nuestra imagen del mundo", pp.13-34, en Bryant, J y Zillmann, D. (comps.), Los efectos de los medios de comunicación. Investigaciones y teorías, Barcelona: Paidós.

MOSCO, VINCENT (1986): Fantasías electrónicas, Barcelona: Paidós.

MUÑOZ ALONSO, ALEJANDRO (1990): Política y nueva comunicación. El impacto de los medios en la vida política, Madrid: Fundesco.

SAID, EDWARD (1996): Cultura e Imperialismo, Barcelona: Anagrama.

SWANSON, DAVID L. (1995): "El campo de acción política. La democracia centrada en los medios", pp.3-24, en Muñoz Alonso, A. y Respir, Juan I. (eds.), Comunicación Política, Madrid: Universitas.

THUSSU, DAYA KISHAN (2002): "Las guerras en los medios de comunicación", pp.327-345, en Vidal Beneyto, José (dir.), La ventana global, Madrid: Taurus.

VOLKNER, INGRID (1999): News in the Global Sphere – A Study of CNN and its Impact on Global Communications, Luton: University of Luton Press.

WIERWORKA, MICHEL Y WOLTON, DOMINIQUE (1987): Terrorisme a la une, París: Gallimard.